

**ABDICA EL REY  
JUAN CARLOS I**



**LAS CAUSAS  
DE LA RENUNCIA**

**A EXAMEN** | La imagen pública de la Monarquía se desplomó en los 25 meses posteriores a que el Rey se rompiera la cadera mientras cazaba. El accidente sufrido en Botsuana abrió el melón de las críticas a don Juan Carlos y también a la Corona

# Las horas bajas

**C**on once palabras –«Lo siento mucho. Me he equivocado y no volverá a ocurrir»–, el Rey pidió perdón a su país. Quizás fueron las tres frases más duras pronunciadas por don Juan Carlos en sus 39 años de reinado. Fue el 18 de abril de 2012. En un gesto sin precedentes en la historia de la Corona española, la máxima autoridad del Estado entonó el ‘mea culpa’ por su viaje privado de caza a Botsuana en la misma semana en que España estaba en el centro del huracán por la crisis de la deuda.

El Rey, con gesto serio y triste, casi compungido, sin apenas mirar a la cámara y apoyado en dos muletas, pidió disculpas públicas a una cámara de Televisión Española. Era la primera vez que lo hacía desde que asumió la Jefatura del Estado



El rey Juan Carlos deja el hospital San José en Madrid el 18 de abril. PACO CAMPOS/AFP

## FRASES DEL MONARCA

«Lo siento mucho. Me he equivocado. Y no volverá a ocurrir»  
(Disculpa del 18 de abril de 2012 tras la cacería)

«Cualquier actuación censurable de personas con responsabilidades públicas debe ser juzgada y sancionada con arreglo a la ley», porque «la Justicia es igual para todos»  
(24 de diciembre de 2012)

«Lo peor que podemos hacer es dividir fuerzas, alentar disensiones, perseguir quimeras, ahondar heridas»  
(18 de septiembre de 2012)

«Las renunciaciones de hoy han de garantizar el bienestar de mañana de manera que se asegure la protección de los derechos sociales»  
(24 de diciembre de 2013)

en 1975 y respondía así a la petición casi unánime –solo el PP no la hizo– de las fuerzas políticas después de conocerse que se había fracturado la cadera derecha cuando tropezó en un escalón durante un safari de elefantes en el país africano, y que al parecer fue costado por un empresario hispano saudí de origen sirio que actuaba como representante de la Casa Real en Riad.

Lo que muchos vieron como un gesto humano y sincero para cerrar un bochornoso espectáculo, algo así como un pido perdón y ‘pelillos a la mar’, se acabaría convirtiendo en la piedra de toque del martirio real que vendría luego. Porque el auténtico ‘annus horribilis’ de la Corona no fue 2012, sino 2013.

Por partes. Tras la caída de Botsuana, una imagen llamó poderosamente la atención más allá del singular perdón real. Fue el monumental enfado de su familia, que quedó patente con la breve presencia de la Reina en la clínica privada de Madrid donde se operó su marido. Doña Sofía estaba en Grecia visitando a su hermano cuando se enteró del accidente y dos días después regresó a España. Se fue directa al centro médico, donde estuvo solo 20 minutos para ver a su marido. «Está fenomenal», dijo, con media sonrisa, antes de irse.

Reflejada esta imagen de enfado y desunión en casi todos los medios de comunicación, el día siguiente la Reina volvió a la clínica, donde estuvo casi tres horas e incluyó un almuerzo juntos, según vendió la Casa Real. A la salida dijo que el Rey estaba «muy bien, muy animado» y «con buen apetito».

## Velo informativo

En los meses posteriores al episodio africano se abrió la caja de Pandora contra la Monarquía, algo inaudito hasta la fecha y que supuso el inicio del fin del velo informativo que tradicionalmente había acompañado a las actividades extraoficiales de la Familia Real.

A esto se sumó que la salud del Rey seguía quebrada, su agenda limitada, el caso Nóos salpicaba de lleno a su yerno e hija, la irrupción pública de la princesa alemana Corinna zu Sayn-Wittgenstein, la herencia real de Suiza y la exclusión de las Infantas del núcleo central de la Corona. Así acabó el año 2013, ya bautizado como el ‘annus horribilis’.

Así, no fue de extrañar que la imagen pública de la Monarquía cayese en las encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas hasta el punto de que su nota se mantiene por debajo del aprobado. Así lleva desde que ocurrió el episodio de la cacería de Botsuana. Ello pese a que los asesores de la Casa Real se han afanado por introducir una serie de medidas destinadas a dotar de mayor transparencia a las cuentas de la institución o darle más peso a la agenda de los Príncipes de Asturias.

MATEO BALÍN

## LA OPINIÓN

Carlos Forcadell\*

### Monarquía y legitimidad

LA ABDICACIÓN de un Rey siempre ha sido un hecho histórico trascendente. En la España de hoy lo es más, si cabe, en un momento en el que se perciben signos de cansancio de un sistema político cuyo envejecimiento ha sido paralelo al del titular de la Corona. Pero, sobre todo, hoy es un hecho histórico necesario tanto para la sociedad y la política españolas, por los factores de transformación y cambio que pueda promover y favo-

recer, como para la Monarquía que, con su renuncia, queda desvinculada de su persona.

La transmisión en vida de la Corona revela, más bien, el final de un ciclo político, en el que se han ido erosionando tanto la Constitución y el propio funcionamiento del sistema político como la misma institución de la monarquía. El proceso se ha visto acelerado por una crisis que fortalece los mecanismos de desafección y también por la impunidad ‘neofranquista’ de determinados políticos y banqueros.

En los ya lejanos pero fundacionales años de la Transición, la opción que se planteaba era entre dictadura y democracia, no entre monarquía y república. Este escenario ya es historia y hoy puede renovarse legítimamente la alternativa, aunque sería conveniente que se pudiera expresar y gestionar desde la legalidad de la

Constitución, mucho más abierta y flexible, claro, que aquellos inamovibles Principios del Movimiento.

No hay precedentes en la historia reciente de España, por cuanto las renunciaciones del abuelo del Rey, Alfonso XIII, y de su tatarabuela, Isabel II, fueron forzadas por movimientos revolucionarios. Juan Carlos I fue heredero de un poder ilegítimo, el de Franco. La Constitución tiene un déficit democrático de origen: la monarquía y el Rey eran realidades previas a la voluntad de los constituyentes. Para compensar, el Rey tuvo que ganar una legitimidad democrática para la monarquía mediante el ejercicio de sus funciones, más plenamente lograda tras el 23-F. El reto de don Felipe, más difícil, será mantener y recuperarla a través del ejercicio de sus funciones.

\*Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza